



El hampa no sólo tiene aterrada a la población sino que, cuando está entre rejas, vive en permanente rivalidad... con muertos, heridos y alcaides espantados.

EL LABERINTO Y EL HILO

LA PRISION REPITE A LA SOCIEDAD

Escribe SEBASTIAN SALAZAR BONDY

OTRA batalla en El Frontón. Y mañana sabremos de un nuevo episodio sangriento ahí, o en cualquier otra cárcel (¿cárcel o campo de concentración?) del Perú, qué más da en cuál. Los héroes de esta guerra amurallada volverán a aparecer en las primeras páginas de los diarios y en el firmamento de la notoriedad, con más brillo, por supuesto, que el último estreno teatral, que el más reciente concierto de un gran instrumentista, que el autor del libro con mayores méritos para ser leído por todos, esplenderá el más inmoderado de los hombres al margen de la ley. No es culpa de los delincuentes, sin embargo, que el delito se purgue donde campea el delito y que cuanto más se empeñen en ser enemigos de la ley más posibilidades tengan de gozar de la fama. Al fin y al cabo, la infamia es una forma de glorificación y el horror se revierte en quien lo provoca como prestigio. La historia juzgará con más rigor a esta sociedad y a los que la dirigieron que a los asociales, quienes, en último término, no tuvieron otra oportunidad de ser que la de contravenir normas copiadas de libros en los que muestra realidad particular no encajaba.

Creo que pese a su buena fe, a su sincerísimo deseo de convertir los penales en verdaderos talleres de readaptación, la mayoría de los que entre nosotros se preocupan y ocupan de la delincuencia y su extirpación o control están equivocados. Basta para ello imaginar cuán estrechas alternativas se le ofrecen al individuo peruano en la vida cuando la comienza a vivir. Sin empleo, sin formación previa para desempeñarse útilmente, sin lo mínimo para cubrir sus necesidades elementales, sin esa suerte de sensibilidad por lo humano de que dota en la infancia la estabilidad de un hogar, sin horizontes de ninguna clase ni frenos morales e intelectuales, no hay mucho que elegir. Si no se es un santo para resistir el embate de tal situación, en mayor o menor grado hay que escoger la sumisión o la violencia. Es decir, lo que vemos: la mendicidad o el delito. Y como cada día hay más seres en la condición descrita, cada día hay más enemigos irracionales (pues otra cosa, cabe advertir, son sus enemigos racionales) del orden que margina, niega la justicia y provoca el odio de los demás. Organice usted luego batidas, amplíe las casas de reclusión, cense a los vagos, funde refugios, haga lo que quiera, y la fuente continuará manando su tremenda sustancia.

Lo más grave es que en la cárcel la sociedad repite su imagen y ahí, como en el gran modelo, se establece una escala en la que también la sumisión o la violencia tornan a ser las únicas vías de liberación de la miseria, porque entre los muros tampoco hay empleo, formación, recompensa justiciera, posibilidad de repararse humanamente. Cuando la dignidad desaparece totalmente y la única fuerza que prevalece es el desprecio, el delincuente, como decía Balzac, adquiere un aplomo que es semejante a la tranquilidad de la vida honrada y a la sinceridad de una buena conciencia. Extender la mano y suplicar es entonces un oficio, como lo es, dentro o fuera de las rejas, robar y matar. Esa institucionalización de la asocialidad es la que, en el fondo, campea en nuestras cárceles, pero ahí es sólo trasunto de lo que ocurre fuera, en lo que paradójicamente llamamos la libertad. El Abate Pierre advirtió que la de la libertad era una idea inconcebible y hasta irrisoria para aquel que carecía de pan, ropa, casa y dignidad porque se las negaban.

El problema, como es lógico, hay que solucionarlo desde la raíz. Y ello sólo será posible con un cambio de mentalidad en el sector pensante de nuestra sociedad. Este sector no puede permanecer impasible, satisfecho con las promesas de penales modernos, pues no puede ignorar, por su índole razonadora, que no se trata de tener infinitos espacios para encerrar a todos los delincuentes que el orden social anómalo engendre, sino de reemplazar ese orden por otro que no produzca el mal en proporción tan descomunal. Las comunidades se juzgan por los frutos que dan. "Los graneros decrecen —decía hace miles de años Leo-Tse— y los oficiales de la corte son la imagen de la riqueza; esto es llevar el mundo al bandidaje".